

Que a sus diez libros de fortuna andaba
 Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge
 Que más desocupado se mostraba.
 Gritó la chusma toda:—«Al mar se arroje.
 Vaya Lofraso al mar sin resistencia».
 —«Par Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
 ¿Cómo, y no será cargo de conciencia
 Y grande echar al mar tanta poesía,
 Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
 Viva Lofraso, en tanto que dé al día
 Apolo luz, y en tanto que los hombres
 Tengan discreta, alegre fantasía.
 »Tócante a ti (oh, Lofraso) los renombres
 Y epítetos de agudo y de sincero,
 Y gusto que mi cómitre te nombres».
 Esto dijo Mercurio al caballero,
 El cual en la crujía en pie se puso,
 Con un rebenque despiadado y fiero.
 Creo que de sus versos le compuso,
 Y no sé cómo fué, que en un momento
 (O ya el cielo o Lofraso lo dispuso)
 Salimos del estrecho a salvamento,
 Sin arrojar al mar poeta alguno
 (Tanto del sardo fué el merecimiento).

Así en el capítulo III, y luego en el VII, vuelve a la carga contra Lofraso, contándole en el número de los que desertaron de las banderas del divino Apolo para unirse al ejército enemigo:

Tú, sardo militar Lofraso, fuiste
 Uno de aquellos bárbaros corrientes
 Que del contrario el número creciste.

Pero como no hay libro tan malo que no contenga alguna cosa útil, hay en el de este bárbaro *grafomano* algunas curiosidades filológicas e históricas que el erudito no debe desdeñar. Curiosa es la persona misma del autor, español a medias, nacido en una isla italiana, donde la soberanía de nuestra lengua, aun en el uso oficial, llegó a arraigarse de tal suerte, que sobrevivió a nuestra dominación política, y todavía se conservaba muy entrado el siglo XVIII (1). Lofraso escribió en castellano como otros muchos compatriotas suyos, por ejemplo, el poeta Litala y Castelví y el Marqués de San Felipe, historiador de la guerra de Sucesión. Pero su lengua nativa no era ésta, ni tampoco el dialecto de la isla, sino el catalán, que entonces como ahora se hablaba en la ciudad de Alguer, de donde era hijo. Su libro contiene dos poesías en dialecto sardo (2) y una sola en

(1) Véase la *Bibliografía española de Cerdeña*, por D. Eduardo Toda, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1887 (Madrid, 1890).

(2) Una de ellas es el siguiente soneto, que transcribo conforme a la edición de Londres (tomo I, pp. 284-285), enmendando algo la puntuación:

Cando si det finire custu ardente
 Fogu qui su coro gia mat bruxádu?
 Cum sanima mesquina qui su fiádu,
 Mi mancat vistu, non poto niente.
 Chiara Sole et Luna relugente
 Prite mis tenes tristu abandonadu,
 Pusti prode vivu atribuladu,
 Dami calqui remedi prestamente.
 Tue sola mi podes remediare,

catalán (1); pero en la misma lengua está también el acróstico que forman las iniciales de los cincuenta y seis tercetos del *Testamento de amor*, en esta forma: *Antony de Lofraso sart de Lalguer me feyct estant en Barselona en lany myl y sincasents setanta y dos per dar fy al present libre de Fortuna de Amor compost per servey del ylustre y my señor Conte de Quirra*.

A semejanza de los demás autores de novelas pastorales que gustaron de dejar en ellas algún recuerdo de su tierra natal o de las extrañas en que habían amado y cantado, Lofraso encabeza su libro con una curiosa descripción de la isla de Cerdeña, extendiéndose en la ponderación de sus minas y de sus pesquerías de coral (2), y dedica mucho más espacio a la relación de su viaje a Barcelona, a donde llegó como náufrago y donde vivió como poeta mendicante, fatigando con dedicatorias a todos los magnates catalanes. Esta parte del libro vale la pena de leerse despacio, y es una fuente que me atrevo a indicar a los eruditos del Principado. Allí encontrarán un catálogo encomiástico de cincuenta damas de Barcelona, con sus nombres y apellidos; descripciones minuciosas de la Aduana, de la Lonja y del palacio del comendador mayor de Castilla D. Luis de Zúñiga y Requesens; interesantes noticias de su hija doña Mencia, y el proceso sumamente detallado de unas justas reales, en que tomaron parte cincuenta caba-

Et dare mi sa vida in custa hora,
 Qui non moria privu de sa vitoria,
 In eternu ti depo abandonare,
 O bellissima dea et senyora,
 Deme sa vida et morte pena et gloria.

La otra es una glosa en octavas reales (tomo II, pp. 141-144).

(1) *Janota Torrella que se habla (sic) en lengua catalana*.

Que faré en tal estrem
 Que mon mal me desatina,
 Coneixent en mi que crem,
 Y may ningu m'encamina.
 De mi veig ningu no cura,
 Sens volerme remediare,
 Molt temps ha que mon mal dura,
 Que ya stich per afinar.
 Mirau de prest sens tardar,
 Dins mon cor l'anima fina,

Coneixent en mi que crem,
 Y may ningu m'encamina.
 Mos estrens son de tal sort,
 Quem donen tan trista vida,
 En favor me veig la mort,
 La vida me te avorrida,
 Congoixosa y aflegida,
 M'anima del tot se fina,
 Coneixent en mi que crem,
 Y may ningu m'encamina.

(Tomo II, pág. 261).

(2) «Por ser tan perfecta la virtud de la tierra, produce minas de todos los metales, oro, plata, cobre, estaño, hierro y plomo... También todo el mar que la cerca, por su naturaleza, produce coral finísimo, del qual cada año en los estios hay cuatro mil hombres de la tierra y forasteros, con más de quinientos barcos, que con sus ingenios y redes sacan del mar gran cantidad de coral, de valor de más de cien mil ducados, por donde muchos se mantienen de la ganancia y ejercicio de pescar dicho coral, sin otros que de la abundancia del mucho pescado viven... La segunda ciudad y llave del reino es la ciudad de Lalguer, puerto de mar donde yo nací, en la qual se pesca la mayor cantidad del coral, doscientas fragatas y dos mil hombres que entienden en ello. Tiene dentro la dicha ciudad quinientos molinos de sangre, que muelen grano, y quinientos hornos de particulares que cuecen pan... En general la gente de la dicha isla son muy fieles y católicos christianos, leales a su magestad, belicosos y de buenas condiciones, liberales y amigos de naciones estrañas, y más de la española... Hay hombres doctos y de subtil ingenio, y buen juicio, y las mugeres hermosas y honestas en el trato, con gentil aire y gracia. Usan assi los hombres como mugeres en los vestidos el traje y policia de España, las más dellas como las de Barcelona...»

No menos curioso es el resto de esta descripción de la isla, que puede leerse en el tomo I de la edición de Pineda, pp. 9 y ss. Y aun como estilo es de lo más tolerable que el libro de Lofraso contiene.

llos barceloneses, para no ser menor en número que las damas. El estilo de Lofrasso, que nunca es bueno, parece más tolerable en esta prosa de gaceta, y como no puede dudarse que todas estas páginas son historia pura, tienen un interés retrospectivo muy grande. Quien busque estos trozos hará bien en pasar de largo por «los honestos y apacibles amores del pastor Frexano y de la hermosa pastora Fortuna» y por «la sabrosa historia de D. Floricio y de la pastora Argentina».

De muy diverso temple es la novela pastoril que siguió a ésta: *El pastor de Filida*, de Luis Gálvez de Montalvo (1582), una de las pastorales mejor escritas, aunque por ventura la menos bucólica de todas. «No es este pastor, sino muy discreto cortesano; guárdase como joya preciosa». En estas palabras de Cervantes va implícita la principal censura, así como el mayor elogio del libro. El mismo Gálvez Montalvo se había adelantado a ella en uno de sus proemios: «Posible cosa será que mientras yo canto las amorosas églogas que sobre las aguas del Tajo resonaron, algún curioso me pregunte: Entre estos amores y desdenes, lágrimas y canciones, ¿cómo por montes y prados tan poco balan cabras, ladran perros, aullan lobos? ¿Dónde pacen las ovejas? ¿A qué hora se ordeñan? ¿Quién les mata la roña? ¿Cómo se regalan las paridas? Y finalmente, todas las demás importancias del ganado. A eso digo, que aunque todos se incluyen en el nombre pastoril, los rabadanes tenían mayores, los mayores pastores y los pastores zagales, que bastantemente los descuidaban» (1).

Nada menos pastoril, en efecto, que la vida y ejercicios del pastor de Filida y de sus amigos, que son con ligero disfraz Gálvez Montalvo y los suyos. Nació este buen ingenio en la Ciudad de Guadalajara, aunque su familia procedía de las riberas del Adaja, probablemente de la villa de Arévalo, donde es antiguo y noble su apellido, cuyas armas son puntualmente las mismas que él describe por boca del pastor Siralvo: «Tú sabes que yo no soy natural desta ribera (la del Tajo). Mis bisabuelos en la de Adaxa apacentaron, y allí hallaron y dejaron claras y antiquísimas insignias de su nombre, só las alas de un águila de plata, sobre color de cielo, que es de inmemorial blasón suyo. Mis abuelos y padres, trasladados al Henares, me criaron en su ribera». Acaso se refiere a él la partida bautismal de un Luis, hijo de Marcos de Montalvo y de su mujer Francisca, nacido en febrero de 1549, según consta en los libros parroquiales de Santa María, de Guadalajara (2). El padre de Siralvo, que en la novela está designado con el nombre de *Montano*, era «mayoral del generoso rabadán Coriano», es decir, administrador o cosa tal del Marqués de Coria. Su hijo Luis, cuya educación debió de ser esmeradísima, a juzgar por la refinada cultura y cortesania que sus escritos revelan, vivió también en la casa y servicio de un magnate alcarreño, D. Enrique de Mendoza y Aragón, con título de su gentil-hombre. Este es el *Mendino* de la novela «quinto nieto del gran pastor de Santillana» (es decir, de D. Íñigo López de Mendoza), como en ella misma se expresa, nieto del cuarto Duque del Infantado, llamado también D. Íñigo, e hijo de D. Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Saldaña, casado con doña Isabel de Aragón, hija del Duque de Segorbe, D. Enrique, a quien llamaron el infante Fortuna. Era tradición no interrumpida en la casa de Mendoza honrar a las letras y a sus cultivadores, y acaso por méritos literarios logró Montalvo su puesto de honrosa domesticidad, que era bastante distinguido según

(1) Pág. 293 de la edición mayansiana.

(2) Da esta noticia D. Juan Catalina García en su *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara*, premiada por la Biblioteca Nacional (Madrid, 1899), p. 144. También encontró las partidas de dos hijos de un licenciado Juan Gálvez de Montalvo, en 1618 y 1620, y conjetura que este licenciado pudo ser hijo o sobrino de nuestro poeta.

las ideas de aquel tiempo, y además sumamente descansado, a lo que se infiere de su carta dedicatoria: «Entre los venturosos que a V. S. conocen y tratan, he sido yo uno, y estimo que de los demás, porque deseando servir a V. S. se cumplió mi deseo, y así dejé mi casa y otras muy señaladas dó fui rogado que viviese, y vine a esta, donde holgaré de morir, y donde mi mayor trabajo es estar ocioso, contento y honrado, como criado de V. S. Y así, a ratos entretenido en mi antiguo ejercicio de la divina alteza de la poesía, donde son tantos los llamados y tan pocos los escogidos, he compuesto *El Pastor de Filida*, libro humilde y pequeño» (1).

Este libro contiene, a vueltas de otros muchos episodios, la historia anovelada de los amores del autor con la pastora Filida y de los de su Mecenas con Elisa. El nombre pastoril adoptado por Luis Gálvez fué *Siralvo*, el cual habla de sí mismo con más satisfacción que modestia por boca de la pastora Finea: «Yo te diré lo que hace Siralvo, forastero pastor que aquí habita. Yo compré ovejas y cabras, conforme a mi poco caudal, y con pocos zagales las apaciento. Siralvo, aunque no pudo hacer otro tanto, gustó de entrar a soldada con el rabadán Mendino, por poder mudar lugar, cuando gusto o comodidad le viniese, sin tener cosa que se lo estorbase.—¿Quién es ese Siralvo? dijo Alfeo.—Es un noble pastor (dijo Finea) de tu misma edad, honesto y de llanísimo trato; amado generalmente de los pastores y pastoras de más y menos suerte, aunque hasta agora no se sabe de la suya más de lo que muestran sus respetos, que son buenos, y sus ejercicios de mucha virtud.—¿Cómo vería yo a Siralvo? dijo Alfeo.—Bien fácilmente, porque las cabañas de Mendino están muy cerca de aquí, y Siralvo por maravilla sale dellas, y más agora que está su rabadán ausente y él no podrá apartarse del ganado».

La acción de la novela no pasa en las orillas del Henares, sino en las del Tajo, y probablemente en la imperial ciudad de Toledo, donde fijó por algún tiempo su residencia Don Enrique de Mendoza. Así lo dan a entender estas palabras de enfática y lujosa retórica, con que la primera parte comienza: «Cuando de más apuestos y lúcidos pastores florecía el Tajo, morada antigua de las sagradas Musas, vino a su celebrada ribera el caudaloso Mendino, nieto del gran rabadán Mendiano, con cuya llegada el claro río ensoberbeció sus corrientes; los altos montes de luz y gloria se vistieron; el fértil campo renovó su casi perdida hermosura, pues los pastores dél, incitados de aquella sobrenatural virtud, de manera siguieron sus pisadas, que envidioso Ebro, confuso Tormes, Pisuergra y Guadalquivir admirados, inclinaron sus cabezas, y las hinchadas urnas manaron con un silencio admirable. Solo el felice Tajo resonaba, y lo mejor de su son era *Mendino*, cuya ausencia sintió de suerte Henares, su nativo río, que con sus ojos

(1) Es rarísima la primera edición de *El Pastor de Filida*, hecha en Madrid, 1582. El ejemplar que se conserva en la biblioteca de la Academia Española, único según el parecer de don Cristóbal Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña del siglo XVI*, está incompleto al principio y al fin, de modo que ni siquiera consta el nombre del impresor.

—*El Pastor de Filida. Compuesto por Luis Galvez de Montalvo, Gentilhombre cortesano. Dirigido al muy illustre señor don Henrique de Mendoza y Aragon. Impreso en Lisboa por Belchior Rodrigues, con licencia de los señores Inquisidores, año de 1589.*

—*En Madrid, por la viuda de Alonso Gomez, impresor del Rey nuestro Señor. Año de 1590. A costa de Francisco Enriquez, mercader de libros.*

—*Madrid, por Luys Sanchez. Año M.DC (1600). A costa de Juan Berillo, mercader de libros.*

—*Barcelona, por Estevan Liberos, en la calle de la Paja. Año 1613. A costa de Miguel Menescal, mercader de libros.*

—*En Valencia, en la oficina de Salvador Fauli. Año 1792.*

Con una extensa introducción del canónigo D. Juan Antonio Mayans, llena de curiosas noticias literarias, pero algo confusa y desordenada. Es uno de los más antiguos ensayos sobre la novelística española.

acrecentó tributo a las arenas de oro. Bien le puede menester al gallardo pastor, para no sentir la ausencia de su carísimo hermano, hallar en esta ribera al gentil Castalio su primo, al caudaloso Cardenio, al galán Coridón, con otros muchos valerosos pastores y rabadanes, deudos y amigos de los suyos, con quien pasaba dulce y agradable vida Mendino, en quien todos hallaban tan cumplida satisfacción, que como olvidados de sus propias cabañas, sitios y albergues, los de Mendino estaban siempre acompañados de la mayor nobleza de la pastoría; de allí salían a los continuos juegos, y allí volvían por los debidos premios; allí se componían las perdidas amistades, y por allí pasaban los bienes y males de amor, cuales pesada, cuales ligeramente».

Allí comenzaron los amores de Siralvo con la que llama Filida. No era aquella su primera pasión: ya en las riberas del Henares había puesto los ojos en una principal señora, a quien llama Albana, y que por ventura tendría algún parentesco con la casa de Alba: «Sólo esto me descontenta de Siralvo (dice la pastora), ser tan demasiado altanero: en el Henares a Albana, en el Tajo a Filida; a otra vez que se enamore será de Juno o Venus. Amigo es de mejorarse (dijo Dinarda), que aunque Albana no es de menos suerte, y de más hacienda, Filida es muy aventajada en hermosura y discreción» (pág. 153).

¿Sería esta Albana por ventura la «hermosa y discreta Albanisa, viuda del próspero Mendineo, hija del rabadán Coriano, que en la ribera del Henares vivía, y allí, desde las antiguas cabañas de su padre, apacentaba, en la fértil ribera, mil vacas, diez mil ovejas criaderas y otras tantas cabras en el monte?» (pág. 24). Con esta señora vino a casar en segundas nupcias, si no interpreto mal el texto de *El Pastor*, un caballero toledano del apellido Padilla, «el sospechoso Padileo», competidor de Mendino en los amores de Elisa: y quizá fué ésta la ocasión de que Siralvo dirigiese a otra parte sus altivos pensamientos, que no eran de humilde pastor, sino de muy alentado caballero.

Era Filida doncella de nobilísimo linaje, parienta de un gran señor andaluz (*el rabadán Vandadio*), del cual y de sus pastores andaba recatándose Siralvo, sin duda porque se oponían a tan desiguales amores. No sabemos cuánto duró este honesto galanteo, o más bien pasión platónica, cuya pureza tanto se encarece en el libro: «¡Quién viera a Siralvo ardiendo en su castísimo amor, donde jamás sintió brizna de humano deseo!» (pág. 228). Ni siquiera llegaba su presunción hasta el punto de creerse favorecido (pág. 136):—«Y dime (dijo Alfeo), ¿estima tu voluntad?—No soy (dijo Siralvo) tan desvanecido, que quiera tanto como eso; basta que no se ofenda de que la ame, para morir contento por su amor... Yo la amo sobre todas las riquezas que Dios ha criado, y ella sabe dónde llega mi amor, y no fuera Filida quien es si despreciara esta obra fabricada de su mismo poder... Digo que no le pido a Filida que me ame, pero que vivo contentísimo con que no se disguste de mi amor».

Era Filida de tanta discreción como hermosura, y de mucha entereza y constancia en sus afectos; recibió con buen talante las poéticas ofrendas del humilde amor, y por no acceder a un matrimonio que los de su casa le proponían, acomodado a su condición, pero no a su gusto, «dejó los bienes, negó los deudos y despreció la libertad; *consagróse a la casta Diana*, y llevóse tras sí a los montes la riqueza y hermosura de los campos» (pág. 218); lo cual, traducido del estilo bucólico al corriente, quiere decir, si no me engaño, que se encerró por más o menos tiempo en un monasterio. A esta voluntaria reclusión, que no creemos que llegase a ser profesión religiosa, aluden estos tercetos de una elegía de Montalvo (pág. 273):

Dejando aparte agora el ser nacida
Sobre la ilustrísima llamada

Y entre las más honestas escogida,
Y con ser de fortuna acompañada,
Porque Himeneo al gusto te ofendía,
Quisistes ser a Delia dedicada...

Y, en efecto, en el libro o parte sexta del *Pastor* encontramos a Filida en el templo de Diana, si bien el aparato mitológico impide hacerse cargo de la verdadera situación de la heroína, que allí aparece recibiendo visitas de los zagales, entre ellos el mismo Siralvo, y tañendo la lira y cantando coplas de su propia invención y raro ingenio. Todo esto indica que los obstáculos que se presentaban al amador no eran insuperables, y lo confirman estos versos de la ya citada elegía:

Mil continuos estorbos ya los veo,
Y otros más de creer^o dificultosos,
Por mi corta ventura más los creo:
Ojos abiertos, pechos enconosos,
Tu gran beldad, mis ricas intenciones,
Cercadas de legiones de envidiosos.
Bien imagino yo que si te pones
A querer tropellar dificultades,
Irás segura en carros de leones...

.....
Y bien sé yo que en mi rudeza hallas
Ingenio soberano para amarte,
Y sabes que te escucho aun cuando callas...

Todo el libro de Montalvo está lleno de encarecimientos de las raras prendas de Filida, y no sólo de su hermosura, sino de su carácter, que era al parecer resuelto y varonil. «Tiene una falta (dijo Florela): que no es discreta, a lo menos como las otras mujeres, porque su entendimiento es de varón muy maduro y muy probado; aquella profundidad en las virtudes y en las artes; aquella constancia de pecho a las dos caras de la fortuna... Amala, Siralvo, y ámela el mundo, que no hay en él cosa tan puesta en razón» (pág. 121).

El lusitano *Coelio* (que será sin duda Alonso Sánchez Coello, tenido aun en su tiempo por portugués, aunque lo era sólo de origen) había hecho el retrato de Filida, que guardaba Siralvo en una *cajuela de marfil*. Para competir con él hizo otro en octavas reales, de elegante y gracioso amaneramiento, como puede juzgarse por estos rasgos, que sin duda recordaba Cervantes cuando llamó a Montalvo «único pintor de un retrato»:

Sale la esposa de Titón bordando
De leche y sangre el ancho y limpio cielo,
Van por monte y por sierra matizando
Oro y aljófar, rosa y lirio el suelo,
Vuestra labor, mejillas imitando,
Que llenas de beldad y de consuelo,
Dicen las Gracias puestas a la mira:
«Dichosa el alma que por vos sospira».

.....
Jardín nevado, cuyo tierno fruto
Dos pomos son de plata no tocada,
Do las almas golosas a pie enjuto
Para nunca salir hallan entrada:
Que el crudo Amor, como hortelano astuto,
Allí se acoge y prende allí en celada...

(Pág. 125).

De estas y otras varias composiciones de Montalvo se infieren, como señas más personales de la dama, que tenía la cabellera negra y verdes los ojos:

Ricas madejas de inmortal tesoro,
Cadenas vivas, cuyos lazos bellos
No se precieron de imitar al oro,
Porque apenas el oro es sombra dellos,
Luz y alegría que en tinieblas lloro,
Ebano fino, tales sois, cabellos.
Las finas perlas, el coral ardiente,
Con las dos celestiales *esmeraldas*...

(Pág. 272).

Ser *verde* el rayo de la lumbre vuestra...

(Pág. 123).

De estos ojos verdes (1) estaba locamente enamorado Siralvo. Los ha cantado en todos metros, de tal modo que bien se le puede llamar el poeta de los ojos. Lope de Vega, al elogiarle en el *Laurel de Apolo*, recuerda el principio de una de estas composiciones:

Ojos a gloria de mis ojos hechos,
Beldad inmensa en ojos abreviada...

(Pág. 99).

Pero más que estas octavas crespas y conceptuosas, me agradan dos fáciles y lindas canciones en el metro favorito de Gálvez Montalvo, en las viejas redondillas castellanas, que manejaba con tanto primor como Castillejo o Gregorio Silvestre: Véase íntegra la primera, que es una graciosísima anacreóntica (pág. 285):

Fílida, tus ojos bellos
El que se atreve a mirallos,
Muy más fácil que alaballos,
Lo será morir por ellos.
Ante ellos calla el primor,
Ríndese la fortaleza,
Porque mata su belleza
Y ciega su resplandor.

Son ojos verdes rasgados,
En el revolver suaves,
Apacibles sobre graves,
Mañosos y descuidados.
Con ira o con mansedumbre,
De suerte alegran el suelo,
Que fijados en el cielo
No diera el sol tanta lumbre.

Amor que suele ocupar
Todo cuanto el mundo encierra,
Señoreando la tierra,
Tiranzando la mar,
Para llevar más despojos,
Sin tener contradicción,

Y con esto, placentero,
Dice a su madre mil chistes:
«El arquillo que me distes,
Tomadle, que no le quiero,
Pues triunfo, siendo, rendido,
De aquestas dos cejas bellas,
Haré yo dos arcos dellas,
Que al vuestro dejen corrido.

»Estas saetas que veis,
La de plomo y la dorada,
Como herencia renunciada,
Buscad a quien se las deis,
Porque yo de aquí adelante
Podré con estas pestañas
Atravesar las entrañas
A mil pechos de diamante.

»Hielo que deja temblando,
Fuego que la nieve enciende,
Gracia que cautiva y prende,
Ira que mata rabiando,
Con otros mil señoríos
Y poderes que alcanzáis,

(1) Ojos *verdes* tenían también la heroína de *Menina e Moça* y la pastora Silveria del segundo libro de la *Galatea*. Sobre la especial afición de Cervantes a este color disertó ingeniosamente el Dr. Thebussem (*España Moderna*, marzo de 1894). Pero puede decirse que es afición común a todos los novelistas bucólicos y a todos los poetas líricos de aquel tiempo. Góngora prodiga el epíteto de *verde* juntamente con el de *rojo* en muchos lugares de sus poesías,

Hizo su casa y prisión
En esos hermosos ojos.
Allí canta, y dice: «Yo
Ciego fui, que no lo niego,
Pero venturoso ciego
Que tales ojos halló;
Que aunque es vuestra la vitoria,
En dárosla fui tan diestro,
Que siendo cautivo vuestro,
Sois mis ojos y mi gloria.
El tiempo que me juzgaban
Por ciego, quiselo ser,
Porque no era razón ver,
Si estos ojos me faltaban.
Será ahora con hallaros
Esta ley establecida:
Que lo pague con la vida
Quien se atreviere a miraros».

Vosotros me los prestais,
Dulcísimos ojos «míos».
Cuando de aquestos blasones
El niño Amor presumía,
Cielo y tierra parecía
Que aprobaban sus razones,
Y él, dos mil juegos haciendo,
Entre las luces serenas,
De su pecho a manos llenas,
Amores iba lloviendo.
Yo, que supe aventurarme
A vellos y a conocer
No todo su merecer,
Mas lo que basta a matarme,
Tengo por muy llano agora
Lo que en la tierra se suena,
Que no hay amor ni hay cadena,
Mas hay tus ojos, señora.

El *Pastor de Fílida*, como la mayor parte de las novelas de su género, quedó incompleta, defraudando nuestra curiosidad en cuanto al término de estos amores, si bien el canónigo Mâyans, que con tan raras noticias y curiosa sagacidad ilustró esta pastoral, creyó encontrarle en una epístola que López Maldonado, cuyo *Cancionero* fué impreso en 1586, dirigió a su amigo Montalvo (1), «con quien se quería casar una dama, a quien había servido muchos años»:

Pastor dichoso, cuyo llanto tierno
Ha tanto que se vierte en dura tierra,
Sin medida, sin tasa y sin gobierno,
Pues ya en tranquila paz vuelta la guerra
Miras que te robó tantos despojos,
Y en verde llano la fragosa sierra;
Reduce los cansados tristes ojos
A mejor uso, pon silencio al llanto,
Pues que le ha puesto amor a tus enojos.
Ya aquel divino rostro, donde tanto
Rigor hallaste, y el airado pecho
Que en el tuyo causó dolor y espanto,
Atienden, con clemencia, a tu provecho,
Ya gozarás la bella y blanca mano
En nudo conyugal de amor estrecho...

.....
Ya te dio del descanso alegre llave
Fílida, que entregada está y piadosa,
Que es cuanto bien Amor dar puede o sabe...

.....
Y cantaré la gloria tan crecida
Con que Amor a sus gozos te levanta,
Por fe y por voluntad tan merecida...

.....
Goza Pastor el bien que te ha ofrecido
Aquella que tu mal ha restaurado,
Rico de amor y deleitoso nido...

(1) El encabezamiento de la epístola dice *a un amigo*, pero del contexto se saca que no era otro que el pastor de Fílida.

Pero este matrimonio ¿llegó a efectuarse? El mismo López Maldonado tenía recelo de que su amigo no supiera aprovecharse de la ocasión feliz con que le brindaba la fortuna:

¡Oh mil y otras mil veces venturoso
Tú, que con esperanza alegre y cierta,
Verás en dulce puerto tu reposo! ...
.....
Mas mira que si acaso te detienes,
Quizás a la inconstante y varia diosa
No la ternás propicia cual la tienes (1).

Acaso el enigma que envuelve la historia del *Pastor de Filida* quedará descifrado antes de mucho. Un eminente literato andaluz, en quien corren parejas la erudición, el sentimiento poético y la viva y despierta agudeza, cree con buenos fundamentos haber averiguado el nombre de la incógnita dama, y en un trabajo reciente nos adelanta la peregrina noticia de que por influjo de su deudo el rabadán Vandalio, que no es otro que el *Uranio* que sale a correr la sortija, vestida la piel entera de un oso (pág. 372), contrajo matrimonio en 1569 con aquel otro pastor *muy flaco*, que en la misma fiesta comparece «vestido de un largo sayo de buril, en un rocín que casi se le veían los «huesos», y en su compañía se ausentó de España (1). Aunque esta fecha resulta muy anterior a la impresión del *Pastor de Filida*, en el libro mismo hay indicios de que estaba escrito mucho antes, como lo estaría también la epístola de López Maldonado, si tal interpretación se comprueba, como deseamos y esperamos.

Cinco ediciones tuvo en pocos años *El Pastor de Filida*, rivalizando con el éxito de la *Galatea* de Cervantes. Para los contemporáneos tenía el interés de una novela de clave. Aunque hoy no podamos identificar a muchos de los disfrazados pastores, la forma misma de sus nombres indica que se trata de personas reales. Además de Mendino, Siralvo y Coelio, no hay duda en cuanto al «celebrado *Arciolo* (D. Alonso de Ercilla), que con tan heroica vena canta del Arauco los famosos hechos y victorias», ni parece que pueda haberla respecto del «culto *Tirsi*, que de *engaños y desengaños de amor* va alumbrando nuestra nación española, como singular maestro dellos». *Tirsi* es el nombre poético que en sus obras usó el complutense Francisco de Figueroa, y con el cual está claramente designado en la *Galatea* (2). No puede ser de ningún modo el mismo Cervantes, como creyó el canónigo Mayans. Más feliz anduvo en otras conjeturas. El pastor *Campiano*, «doctísimo maestro del ganado», que sobresalía también en «la divina alteza de la poesía», puede muy bien ser el poeta y médico de Alcalá, doctor Campuzano, elogiado por Cervantes en el *Canto de Caliope* y por Lope de Vega en la *Dorotea*,

(1) *Cancionero de Lopez Maldonado. Dirigido a la Illustrissima Señora Doña Tomasa de Borja y Enriquez, mi Señora... Impreso en Madrid, en casa de Guillermo Droy, impressor de libros. Acabose a cinco de Febrero. Año de 1586. Fols. 128 y 134.*

(1) *Luis Barahona de Soto, estudio biográfico, bibliográfico y crítico, por D. Francisco Rodríguez Marín* (Madrid, 1903), pág. 47. Ninguno de nuestros poetas del siglo xvi ha logrado hasta ahora una biografía comparable con este admirable trabajo, dignamente premiado por la Academia Española.

(2) No cabe duda en esto, ni el mismo Cervantes quiso que la hubiera, puesto que en el libro 2.º de la *Galatea* cita como de *Tirsi* los principios de tres composiciones que efectivamente están en las *Rimas* de Francisco de Figueroa, dos sonetos y una canción:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo...
La amarillez y la flaqueza mía...
Sale la aurora, de su fértil manto...

citándole nada menos que en compañía del divino Herrera y de otros dos ingenios tan celebrados entonces como Figueroa y Pedro de Padilla. Campiano escribió un soneto en alabanza del *Pastor de Filida*; era también amigo de López Maldonado y otros poetas de este grupo. Los músicos *Sasio* y *Matunto* parecen estar designados con sus verdaderos apellidos en una elegía del mismo López Maldonado a doña Agustina de Torres:

Pues los caros y amados compañeros,
El gran *Matute*, el celebrado *Sasa*
Del dios de Delo justos herederos.

También Cervantes, en el libro cuarto de la *Galatea*, habla de «los dos *Matuntos*, padre e hijo, uno en la lira y otro en la poesía, sobre todo extremo extremados. Silvano, el defensor de las antiguas coplas castellanas, no puede ser otro que Gregorio Silvestre. *Belisa*, cuya pericia en el canto y en la música se encarece tanto, era hija del lusitano *Coelio*; hemos de creer, por lo tanto, que se trata de doña Isabel Sánchez Coello, hija del pintor Alonso. No estoy tan seguro de que *Praledio*, el mísero amator que desdeñado por Filena «dejó los campos del Tajo, con intención de pasar a las islas de Occidente, donde tarde o nunca se pudiese saber de sus sucesos», sea el conde de Prades, D. Luis Ramón Folch de Cardona, como quiere Mayans, porque dudo que de tal magnate como el heredero de la casa de Cardona pudiera decirse que era «pastor de más bondad que hacienda», palabras que indican, a mi parecer, que se trata de más humilde sujeto. Haré mérito, finalmente, de la brillantísima y deslumbradora conjetura, expuesta hace poco por el Sr. Rodríguez Marín, el cual ve en el episodio del pastor *Livio* «cortesano mancebo de cabellos más rubios que el fino ámbar», que persiguiendo a la ninfa *Arsia*, «con rabia y dolor se había despeñado», una alusión a la caída del príncipe D. Carlos en Alcalá (el 19 de abril de 1562) corriendo tras de D.ª Mariana de Garcetas, a lo cual alude a aquel villancico que glosó Eugenio de Salazar:

Bajóse el sacre real
A la garza, por asilla,
Y hirióse sin herilla (1).

Otras muchas alusiones nos oculta el tiempo, otros nombres de grandes señores y de poetas deben de estar escondidos bajo el cándido pellico. Vivió Gálvez Montalvo en la mejor sociedad de su tiempo; fué lo que hoy llamaríamos un poeta de salón y entonces hubiera podido llamarse de estrado o de sarao. El retrato suyo, que se halla en algunas ediciones del *Pastor de Filida*, presenta un tipo muy aristocrático, algo parecido al de D. Alfonso de Ercilla. Aun en el aspecto de su persona debía de ser cortesano y gentil-hombre. No lo hera menos por las cualidades de su espíritu. Ajeno a toda contienda y rivalidad literaria, gozó de la estimación de los mejores poetas de su tiempo y gustó de honrarlos en verso y en prosa. Cuando Cervantes, que no era todavía el autor del *Quijote* ni el de la *Galatea* siquiera, volvió a entrar en su patria después del cautiverio, Gálvez Montalvo fué el primero en saludar su gloria con este hermoso soneto, que tiene algo de profecía:

Mientras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,

(1) Vid. Rodríguez Marín en *Luis Barahona de Soto*, pp. 117 y 118.